

IGLESIA DE SAN LÁZARO

Localidad: Alhama de Murcia

Época: ss. XVII-XVIII-XIX

Fecha: 1998

Nº expte.: 468/1997

Convenio de Colaboración firmado el 16 de marzo de 1998 entre la Consejería de Cultura y Educación y la Parroquia de San Lázaro Obispo de Alhama para la restauración de las fachadas de la iglesia.

Obra: Restauración fachadas (Convenio) 1ª anualidad.

Aportaciones: Consejería de Educación y Cultura: 6.000.000 pts

Ayuntamiento de Alhama de Murcia, 6.000.000 pts

Arquitecto redactor del proyecto: Alfredo Vera Botí

Fecha: 1999

Nº expte.: 019-11/1999

Subvenciones concedidas a Particulares.

(II) Restauración de la Iglesia de San Lázaro Obispo.

Arquitecto director: Alfredo Vera Botí

Contratista: Edelmiro Yáñez García

Presupuesto: 6.000.000 pts

Orden de 4 de diciembre de 1998 (B.O.R.M. nº. 301 de 31-XII-98).

Fecha: 2000

Nº expte.: 135-09/2000

Subvenciones concedidas a Ayuntamiento.

Conservación y restauración de la Iglesia de San Lázaro Obispo (III).

Presupuesto: 3.000.000 pts

Orden de 30 de marzo de 2000 (B.O.R.M. nº 91, de 18 de abril de 2000).

Fecha: 2002

Nº expte.: 161-07/2002

Subvenciones concedidas a Particulares. Obispado de Cartagena.

Restauración de sacristía y camarín.

Presupuesto: 27.000 euros.

Orden de 4 de junio de 2002 (B.O.R.M. nº 154 de 5 de julio de 2002)

EXPEDIENTE INCOADO PARA LA DECLARACIÓN DE BIEN DE INTERÉS CULTURAL POR RESOLUCIÓN DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS DE 9 DE JUNIO DE 1982. (B.O.E. nº 186, DE 5-VIII-1982).

RESEÑA HISTÓRICA

El Libro de Fábrica del Archivo Parroquial de Alhama es la fuente principal para conocer el proceso de construcción y los artistas que intervinieron. Los datos que se reseñan a continuación, han sido extraídos de la publicación titulada *Alhama*, perteneciente a la colección "Murcia Recupera", de la Fundación del Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia.

Un documento de 1390 proporciona la primera información sobre un templo bajo la protección de San Lázaro, cuya fundación debe relacionarse con la Reconquista. El 28 de agosto de ese año, Pedro García de Peñaranda, se dirige en una carta al concejo de Murcia, de la cual se desprende que en el siglo XIV, el templo era centro de peregrinación por el carácter milagroso o curativo de su titular. Esa naturaleza medicinal la corrobora otro hecho mencionado en las actas concejiles murcianas, en un codicilo de 30 de octubre de 1479. Tal vez no sea casualidad que la iglesia se sitúe junto a los antiguos baños medicinales.

A finales del siglo XV, el aspecto de la iglesia de San Lázaro sería el de una construcción sencilla, de nave única y dimensiones modestas, posiblemente ubicada sobre los restos de una antigua mezquita.

IGLESIA DE SAN LÁZARO



ANTERIOR A LA INTERVENCIÓN



POSTERIOR A LA INTERVENCIÓN

Sin embargo, ésta no debió ser la apariencia que mantuvo a lo largo del siglo XVI, ya que en 1525 el marqués de los Vélez interviene económicamente en la construcción, al conceder licencia para la venta de las hierbas de Torreblanca (Totana) a favor de la fábrica de la iglesia. A su vez, van apareciendo artistas que satisfacen la demanda del momento.

El último tercio del siglo XVII fue de una intensa actividad arquitectónica. Las cuentas de la fábrica de San Lázaro recogen un ritmo casi continuo de controles del gasto y reparaciones, solo interrumpidos por intervalos de escasa significación, que puede que respondan a los momentos en que se tasaba la obra realizada antes de un nuevo contrato. A partir de 1683 y hasta 1700, los trabajos de construcción realizados se limitaron a sobreañadir nuevos elementos y a labores secundarias propias de toda manutención. Los libros parroquiales no solo evidencian la degradación del templo y los continuos gastos que originaban las reparaciones, sino también los niveles de riqueza de la fábrica y de secularización del templo, ejemplarizado fundamentalmente por la existencia de capillas privadas que servían de panteón a las familias más poderosas. Sin embargo, los recursos debieron ser pocos.

No obstante, el incremento demográfico y los buenos tiempos que corren para la economía explican las particulares condiciones de recuperación que experimenta Alhama nada más comenzar el siglo XVIII y los sensibles cambios de orientación en el proceso constructivo del templo, especialmente en lo que atañe a su alzado y a su cierta riqueza ornamental.

Al tiempo que se gastan considerables sumas de dinero en reparaciones y en nuevos ornamentos para el mantenimiento del culto, se acomete en 1701 la construcción del crucero y la capilla mayor nueva. El responsable de esta primera fase de transformación edilicia será el maestro alarife Pascual Ventura, encargado de los trabajos de acondicionamiento e inicio de la nueva obra, para lo que fue necesario comprar una casa y un solar que estaba a la cabecera de la iglesia. A partir de este momento los trabajos no se detuvieron y en ese mismo año se abrieron los cimientos y se labraron los pedestales de los pilares del crucero. Del mismo modo, la fábrica paga al maestro de cantería Cristóbal Martínez, 1.500 reales “por cuenta de la piedra labrada que está puesta en la obra de la dicha capilla mayor”.

La idea de utilizar materiales que diesen una mayor fuerza y permanencia, así como los cambios que se van operando en las proporciones, donde la cúpula genera un volumen ascensional, explica la intervención directa de algún técnico más experimentado en este tipo de cuestiones, que bien pudo ser Bartolomé de la Cruz Valdés, maestro de obras del obispado, aunque su labor como director y supervisor del ritmo y calidad material de las obras no se recoge documentalmente antes de 1709. Coincidiendo con él y trabajando como maestro de cantería encontramos a Toribio Martínez, quien cobra 880 reales por “aver sacado cuarenta y seis cargos de piedra y aver labrado siete hiladas de cantería”. El primero estará al pie de obra al menos hasta 1718 y del segundo, no hay más noticias después de 1711, cuando la fábrica le vuelve a pagar otros 5.035 reales por su labor.

Mientras se desarrollaban las obras, el culto se trasladó a la ermita de la Concepción. La pequeñez de sus dimensiones y los inconvenientes que trajo consigo para congregar a la totalidad de los fieles en cualquier acto litúrgico, provocó la reacción del visitador quien, en 1718, animó a todas las fuerzas vivas del municipio a la movilización y nombramiento de dos comisarios, con el firme propósito de apelar al obispo y al cabildo de la catedral de Murcia “para que ayuden con porción competente de los diezmos que en esta villa tiene y perziben”, al objeto de precipitar la finalización de las obras. Pero el obispado debió desentenderse del asunto, ya que un año después se recurrió a la solicitud de un préstamo “censo redimible” al real Fisco de la Inquisición de Murcia, concediendo al fin 8.000 reales con un interés del tres por ciento.

Esta primera fase de reformas debió ser materializada hacia 1722, pues ese año el pintor totanero Silvestre Martínez Teruel recibe 240 reales “por el costo de las cuatro columnas que mantienen la media naranja de la Capilla mayor”. También el escultor Higinio Quintana cobra 260 reales por el florón de la cúpula y el carpintero Lázaro Alcón, natural de Totana, percibe otros 250 reales por hacer el púlpito.

Sobrepuesta a los grandes desembolsos de dinero de los primeros veinticinco años del siglo, la iglesia de San Lázaro inicia a partir del segundo tercio la última etapa de su reconstrucción. El ritmo de los trabajos entró en un proceso de aceleración que empezó con la construcción de una nueva sacristía entre 1728 y 1730; cinco años después, el maestro alarife Francisco García levanta una pared nueva en el altar mayor, en sustitución de otra que amenazaba ruina, para albergar el retablo; y, en 1741, el tallista Francisco Naviera Capilla ejecuta “la obra de talla que en el tiempo de estas cuentas a echo en las cornisas de dicha iglesia”, de donde se deduce que la nave estaba recién levantada. A otro artista, Antonio de Mula, se le pagan 415 reales por el florón del presbiterio. Y ese mismo año, Juan de Uzeta realiza una pieza modesta para el altar de Ntra. Señora de los Dolores, y se finaliza la torre, con la construcción del chapitel y colocación de la bola y la cruz.

La portada se construye sobre sillares de piedra caliza y se compone de dos cuerpos. El primero consta de dos pilastras de orden toscano que albergan la puerta y sobre las que se dispone un arquitrabe liso y un friso de flores y angelotes. El segundo cuerpo está flanqueado por dos piezas a modo de flameros entre motivos florales y en el centro se puede observar el anagrama de María. Corona dicha portada una hornacina que acoge una talla en piedra de la Virgen de Gracia ataviada con indumentaria de la época y rostrillo sosteniendo al Niño en su brazo izquierdo. A los pies se lee la siguiente inscripción: “la dio por su dev. (devoción) D. Rodrigo Fuertes Valero, alcalde ord^o (ordinario) desta v^a (villa)”. Más abajo consta el nombre del cantero: Pedro Bravo fat. 1747, artista que intervino en obras importantes como el claustro de la Merced de Lorca (1729) y fue colaborador de Uzeta en las salas capitulares de la Colegiata de San Patricio (1742). En otro lugar se cita: “pagando la piedra D. Juan de Aledo Coutiño, familiar del Sto. Oficio y siendo beneficiado y cura propio y mayordomo fabriquero Alonso Martínez Velez”.

El planteamiento de la portada revela una intención claramente escenográfica, se realizó para ser contemplada como telón de fondo al tiempo que serviría de ornato al atrio. La utilización de elementos de estilo rococó procedentes de tratados de la época sobre todo en la decoración del acceso demuestra la llegada de las novedades estilísticas a la zona. Por su parte, el acroterio, separado del resto de la fachada por un óculo, estaba coronado por las esculturas de San Lázaro, en el centro, y sus hermanas Sta. Marta y Sta. María, en los extremos.

Se cierran el conjunto con dos balcones con antepecho, uno a cada lado de la portada, orlados de baquetón de piedra y apoyados sobre tirantes, con carpintería de cuarterones.

Los últimos cambios que experimentó la iglesia de San Lázaro se dieron en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Nos referimos a la sacristía nueva, camarín y capilla de la Comunión, popularmente conocida como capilla del Rosario. En este momento adquiere un papel destacado la figura de Lorenzo Alonso (1750-1810), precisamente por ejercer una influencia decisiva en el modo de entender la arquitectura con un criterio moderno, producto de la formación intelectual y académica del arquitecto –en oposición al viejo concepto de “maestro de obras”–, y de la planificación técnica del edificio, en consonancia con los gustos y modelos del Neoclasicismo, orientados por la Real Academia de San Fernando.

El 16 de agosto de 1790, eran contratadas a Francisco Ganga y Pedro Gilabert, la sacristía, el camarín y el cuarto de conferencias de la parroquia, pero el proyecto no fue enviado a Madrid para su estudio y beneplácito, incumpléndose el estatuto 33 de la Academia, a pesar del visto bueno del Obispado. Este tipo de irregularidades era frecuente en una época caracterizada por costumbres y pautas culturales heredadas del pasado y por el apego a fórmulas constructivas de carácter gremial, enraizadas en la tradición y alejadas de los nuevos conocimientos técnicos.

Alonso rechazó el proyecto de Ganga y Gilabert por no ajustarse a los intereses de la “nueva arquitectura” es decir, al nuevo sistema de organización de formas y espacios. Y las obras fueron paralizadas oficialmente. La respuesta del obispo López Gonzalo no se hizo esperar y envió tres nuevos proyectos a Madrid. Uno era de Juan Bautista La Corte, “director de las obras públicas de Murcia, sin más título que el del Ayuntamiento” y otro, del propio Alonso, “compuesto por cinco diseños nuevos con demostración del estado actual de la fábrica y de su disposición más arreglada; y finalmente otros tres dibujos para una capilla del Sacramento en la propia Iglesia”.



POSTERIOR A LA INTERVENCIÓN



POSTERIOR A LA INTERVENCIÓN

Como era de esperar, la singularidad estructural y estética del diseño de Alonso, basculó a su favor el voto oficial de la Academia, quien vio en el arquitecto el instrumento idóneo para difundir su función y sus objetivos.

El 2 de septiembre de 1792 se concretó el nuevo proyecto, otorgándose su ejecución material a Francisco Ganga en un acto de cortesía, quien se comprometió a realizar las obras “por cincuenta y un mil reales de vellón, a excepción de las columnas cuyo coste correría a cargo de la fábrica”. Todo el plan se llevó a cabo en algo más de dos años, pues el 21 de enero de 1795 se firmaba la escritura de obligación para el dorado del retablo y del camarín, lo que obviamente presupone que la sacristía estaba terminada.

Tal y como se aconsejaba en la época, la sacristía está situada detrás del presbiterio y es de planta rectangular, con techo arquiteado sobre cuatro vigas entrecruzadas a cierta distancia de las esquinas. La decoración es de casetones que, a su vez, guardan en el interior motivos vegetales. En los cuatro puntos en que se cruzan, se apoyan sobre poderosas columnas de capitel jónico, fuste liso y basa de mármol. Con la finalidad de no romper el espacio y dar solución de continuidad, Alonso hizo que las vigas, al morir en las paredes de la sacristía, descansasen sobre pilastras jónicas. Su preocupación por la pureza del lenguaje visual y su modo de entender la arquitectura como técnica de organización del espacio dieron a la sacristía un rigor compositivo y monumental propio, conciliado con la majestuosidad del retablo. Por otra parte, el equilibrio que guardan las proporciones y el uso del color blanco, dotan al recinto de racionalidad y pureza, es decir, de solem-

nidad al tiempo que la impronta ingenieril se aprecia en su calidad de estructura sustentante del camarín. La combinación del esquema barroco con la sencillez neoclásica tendrá su reflejo en un espacio individualizado y circular como el camarín. Esta estancia se caracteriza por su elementalidad y por un dominio absoluto del muro sobre los huecos (hornacinas). El contorno nítido solo queda roto por pilastras adosadas de fuste acanalado y capitel jónico.

Pocos años después, en 1798, Alonso dio trazas de la capilla de la Comunión, siendo autor el arquitecto murciano Salvador González Ros quien dirigió las obras. El recinto está dividido en ocho tramos, cuatro grandes y otros tantos más pequeños, separados por pilastras de orden compuesto que sustentan una cúpula dividida en cuatro cascos, sobre la que se sienta una linterna ciega. Los tramos menores están dispuestos en diagonal y en ellos se abren nichos rectangulares que apoyan en ménsulas, la decoración es de guirnalda. Los tramos mayores coinciden con el altar, dos grandes ventanales y el arco de acceso.

La autonomía y continuidad arquitectónica son los principios que Alonso descubre con la capilla de la Comunión, construida como un gran salón que se precipita fuera de los límites del templo. Al exterior se cubre con tejas tanto la cúpula como la linterna. Las obras se dieron por concluidas el 25 de agosto de 1806, después que el tallista Julián Hernández decorara la capilla y construyese el retablo, dorado y pintado por el maestro dorador Francisco Sanz.

Para el arquitecto-restaurador de la obra, Alfredo Vera Botí, se trata de una edificación cuya tipología difiere ligeramente de las habituales en la Región de Murcia, construidas a finales del último tercio del siglo XVIII, debido, sin duda, a su datación más antigua. La mayor sencillez de líneas y la mayor envergadura de la construcción hacen pensar en una etapa anterior más cercana a la cultura del seiscientos, situación que puede estar demostrada en las dos fases constructivas, que como mínimo, afectan a la totalidad del templo: una primera, más antigua y purista, que va referida al crucero y presbiterio (excepto las bóvedas), y otra a la mayor parte de la nave central (excepto en los capiteles que deben de ser aun más tardíos), como lo demuestran varios hechos:

El cambio de orden arquitectónico que pasa de dórico canónico, con triglifos, presente desde la cabecera hasta los cuatro machones del crucero, a un dórico-compuesto, en el que el arquitrabe y friso de su entablamento ha sido sustituido por un sobrecapitel cuasi-corintio.

El cambio de sección de los muros, que reducen en las divisorias de las capillas hornacinas su ancho en un palmo.

El cambio de dirección en el eje de la iglesia, que se desvía hacia mediodía de forma notable, es debido posiblemente a que la iglesia se alzase sobre los restos de una antigua mezquita.

El empleo de distintos tipos de bóvedas.

La distinta y variable profundidad de las capillas laterales, etc.

Sobre las capillas del lateral del Evangelio se construyeron, hace un cuarto de siglo, varios locales que desvirtúan la arquitectura del templo, y que requerirán, que en algún momento se recuperen las antiguas formas y estructuras.

Hernández Albaladejo y Segado Bravo fechan el comienzo del templo actual en 1673, señalando que las naves deberían de estar concluidas diez años después, ya que en 1693 se terminaron los enlucidos interiores, así como una capilla provisional para el presbiterio, ya que éste se concluiría en 1705.

IGLESIA DE SAN LÁZARO



ESTADO INICIAL. FACHADA



ESTADO FINAL. FACHADA

IGLESIA DE SAN LÁZARO



ANTERIOR A LA INTERVENCIÓN



DURANTE LA INTERVENCIÓN



POSTERIOR A LA INTERVENCIÓN

Cuarenta y dos años más tarde se adosó la fachada de piedra caliza, ejecutada por el alarife y cantero Pedro Bravo Morata, del que conocemos sus escasas dotes interpretativas, cuando actuaba simplificando los proyectos de Jaime Bort, por ejemplo, en Peñas de San Pedro (Albacete).

INTERVENCIÓN

Las obras de restauración de este templo se iniciaron por encargo del Obispado de Cartagena, hecho a través del párroco D. Pedro Antonio Jiménez López en el año 1995, que actuaba en representación de la Junta parroquial de la iglesia de San Lázaro de Alhama de Murcia.

Posteriormente D. Pedro fue sustituido por el nuevo párroco D. Francisco de Asís Pagán Jiménez, que continuó las obras iniciadas por su predecesor, completándolas y extendiéndolas a otras partes del inmueble, afrontando la parte más importante de las intervenciones.

Y aun después vino otro párroco, con designación, al parecer, temporal o provisional, que no ha podido ocuparse, hasta ahora, de realizar otras intervenciones que estaban planteadas y que iban dirigidas a acondicionar los locales anejos a la Sacristía y a eliminar las excrescencias del lateral Norte, recayentes hacia el Balneario y Castillo, a través de ciertos acuerdos de compensación que se estaban estableciendo con el Ayuntamiento de Alhama.

OBJETO DE LOS PRIMEROS PROYECTOS

La finalidad de este proyecto fue la de restaurar los defectos estructurales de los interiores, reparar los acabados y realizar una adecuada instalación eléctrica dentro del templo y en los locales anejos al mismo.

Cubiertas:

Levantamiento y reejecución de parte de las cubiertas, incluida la reposición de sus elementos estructurales, eliminando excrescencias, apoyos y apeos de emergencia colocados en diversas épocas.

También se ejecutaron correas en las coronaciones cosidas a las fábricas, así como cosidos y refuerzos varios en distintas áreas de estructuras sustentantes y/o sostenidas.

Estructuras:

Refuerzo y consolidación de los cascarones de las bóvedas presbiteriales, tras eliminar las sobrecargas que a ellas transmitían varios machones de fábrica, que afectaban hasta los suelos del camarín.

El recalce de la cimentación se proyectó mediante micropilotes, tipo pali-radice, de las características indicadas en los documentos del proyecto.

Durante los trabajos de perforación para la ejecución de los pali-radici se pudo comprobar que el edificio está asentado parcialmente sobre fábricas antiguas y que debajo de éstas hay una lastra de piedra de algo más de un metro de espesor con cavidades, en las que quedaron atrapados varios tubos de inyección.

Las grietas y fisuras de muros se cosieron con llaves metálicas o zunchos empotrados, según se especificaba en los planos correspondientes.

Y la cúpula presbiterial, totalmente cuarteada y con la plementería resquebrajada en varias direcciones y en lamentable estado de transmisión de esfuerzos por las deformaciones y roturas sufridas, fue preciso reforzarla con un cascarón ejecutado en el extradós del que quedaron colgados los tabicados originales.

Electricidad:

Fue precisa la sustitución de todas las instalaciones eléctricas existentes, que tenían varias acometidas de distinto voltaje, y resultaban totalmente obsoletas, incumpliendo la normativa vigente. Se proyectaron, en cambio, un total de diez líneas independientes, con sus mecanismos de corte y seguridad, así como nueva acometida única, ajustada a la nueva potencia máxima de servicio.

Alzados interiores:

Las fachadas internas necesitaron una serie variada de intervenciones, que se resumen fundamentalmente en:

En cornisas:

Eliminación, fijación de elementos recuperables y reposición de carencias con la molduración originales.

En paramentos:

Restauración de los acabados y revocos y reposición de las carencias producidas por la inserción de las llaves de atado.

En pavimentos:

Reposición de todos los pavimentos laterales (capillas y transepto) con losas de mármol de igual calidad, forma y dimensiones que los que existen en la nave principal del templo y en la capilla de S. Lázaro, que permanecen sin alteraciones.

Eliminación de humedades:

Previa a esta operación de repavimentación se ejecutó un proceso complejo de doble eliminación de humedades, que resumimos brevemente: por una parte se crearon cámaras de ventilación perimetral en los haces internos y externos de los muros, comunicadas con soleras ventiladas, dejando abiertas las aireaciones hacia el exterior, a la vez que se utilizaron tales zanjas para instalar una desecación mediante electrosmosis activa, para forzar el secado inmediato de los muros ya que estaban saturados de agua.

El grado de humedad era tan alto que en los antiguos zócalos de piedra artificial de cemento rojo, corrían las gotas de humedad, una veces debidas a efectos de condensación sobre pared fría y otras por la acción emergente de las humedades capilares que pasaban de los poros más gruesos a los más finos de modo lento, pero continuo, y las más de las veces por suma de estas dos causas, que llegaban a ser tan eficaces que convertían a los citados paramentos de los zócalos en verdaderos espectáculos de "bombas subcionadoras" en las que eran visibles a los pocos instantes los fenómenos señalados.

En pedestales:

Eliminación de los de piedra artificial de esos zócalos, reponiendo otros con los perfiles originales de las basas del orden dórico, según los datos que se obtuvieron de las partes ocultas de obra existentes bajo aquellos, ejecutados con materiales permeables.

OBJETO DE LOS PROYECTOS SUCESIVOS

En las intervenciones siguientes se acometieron trabajos de:

Restauración de la torre:

Consistió en la eliminación de los revocos externos hechos con morteros de cemento existentes en todos los paramentos verticales, que ocultaban los acabados originales. Lo mismo se hizo en el lateral simétrico

de la fachada (donde no se llegó a construir nunca una segunda torre), recuperando en ambos casos los huecos y ventanas existentes que había ocultos bajo los revocos.

Restauración de la fachada principal:

Fue dirigida a limpiar de depósitos todos los paramentos de caliza y a reponer parcialmente la cornisa del frontón de coronación que estaba muy degradada y con grave peligro de derrumbarse.

A los sillares se les aplicó una protección superficial consolidante a base de derivados oligoméricos del ácido etilsilícico, cuya acción sobre los componentes calizos da lugar a silicatos estables, por evaporación del alcohol que resulta como subproducto de las reacciones de intercambio.

Restauración de la fachada lateral:

Se acometió la restauración de la fachada lateral sur con análogo proceso al señalado para los paramentos de la torre y se procedió a la sustitución de la alteradísima portadita lateral, ejecutada quizás a mediados del siglo XX, y hecha de yeso, por otra fundida, a partir de sus propios elementos, en naturstein-restauro.

Restauración de la Capilla de la Comunión:

En la gran rotonda del templo alhameño fue preciso actuar casi en todo su envoltorio: en primer lugar fue preciso intervenir en las cubiertas que estaban totalmente desprendidas del cascarón, hasta el punto de que uno de los elementos se desplazó libremente hacia el vacío cayendo en los andamios antes incluso de iniciarse los trabajos.

En los paramentos hubo que recuperar sus acabados; en la bóveda, anillar el sistema fisurativo que había aparecido en la corona de tracciones; en las instalaciones, el reponerlas eliminando cableados obsoletos, etc.

Acceso lateral y despacho:

Se acometieron también reformas y adecuaciones en la zona norte cercana a la sacristía acondicionando la puerta de acceso, un pequeño local para aseo y destinando otro para despacho más algunas otras intervenciones secundarias.

La última intervención se planteó en la Sacristía, obra neoclásica bastante purista, que presentaba daños en paredes, techos, acabados e instalaciones; allí se hicieron algunas obras que deberían de haber proseguido hacia las zonas colindantes donde era intención crear un pequeño museo parroquial, pero un nuevo recambio, en el párroco dejó estas obras interrumpidas, así como las negociaciones que se hacían con el Ayuntamiento de Alhama para dar salida a la eliminación de las excrescencias que el templo tiene en su lateral Norte, sobre cuyas capillas, y en una estrecha franja de suelo existente en ese lateral, se ejecutaron añadidos por los años 50 del siglo XX para habilitar el espacio utilizado como pequeño cine parroquial, más tarde reconvertido en locales de catequesis y para otras actividades religiosas. También se planteó la oportunidad de acondicionar el entorno exterior del templo, en concordancia con el gran significado urbanístico que adquiría la plaza delantera y colateral, al quedar restaurado el templo y la nueva relación espacial que creaba el reciente edificio construido sobre los antiguos Baños.

Alfredo Vera Botí, arquitecto.

BIBLIOGRAFÍA

VVAA, Alhama. Un acercamiento al pasado. En: Colección "Murcia recupera", de la Fundación del Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia. Editado por la Fundación, Ayuntamiento de Alhama de Murcia, Consejería de Cultura y Educación y la Obra Social de Cajamurcia. 1996.

HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E. y SEGADO BRAVO, P, El barroco en la ciudad y en la arquitectura, en Historia de la Región Murciana, Tomo VII. Ediciones Mediterráneo, Murcia, 1980.

PÉREZ ROJAS, J., Arquitectura y Urbanismo, en Historia de la Región Murciana. Tomo VIII. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1980.

PÉREZ SÁNCHEZ, M., Las obras neoclásicas de la Parroquia de San Lázaro de Alhama, en Imafrente, núms. 8-9, Murcia, 1992-1993.

HERNÁNDEZ ALBALADEJO, E. y SEGADO BRAVO, P, Arquitectura y Contrarreforma en Historia de la Región Murciana. Tomo VI. Ediciones Mediterráneo, Murcia, 1980.

Archivo de la Iglesia Parroquial de San Lázaro Obispo. Libro de Fábrica.

GONZÁLEZ SIMANCAS, M., Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia. Tomo II. Edad Media y Moderna. 1905-1907. Colegio Oficial de Arquitectos de Murcia, 1997.

Archivo Municipal de Murcia, Actas Capitulares, 1390, fols. 54 v. y 55. EN VEAS ARTESEROS, F., ed. (1990): Documentos del siglo XIV, 3. Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia, V. XII, nº CCXVII, pp. 397-398.

IGLESIA DE SAN LÁZARO

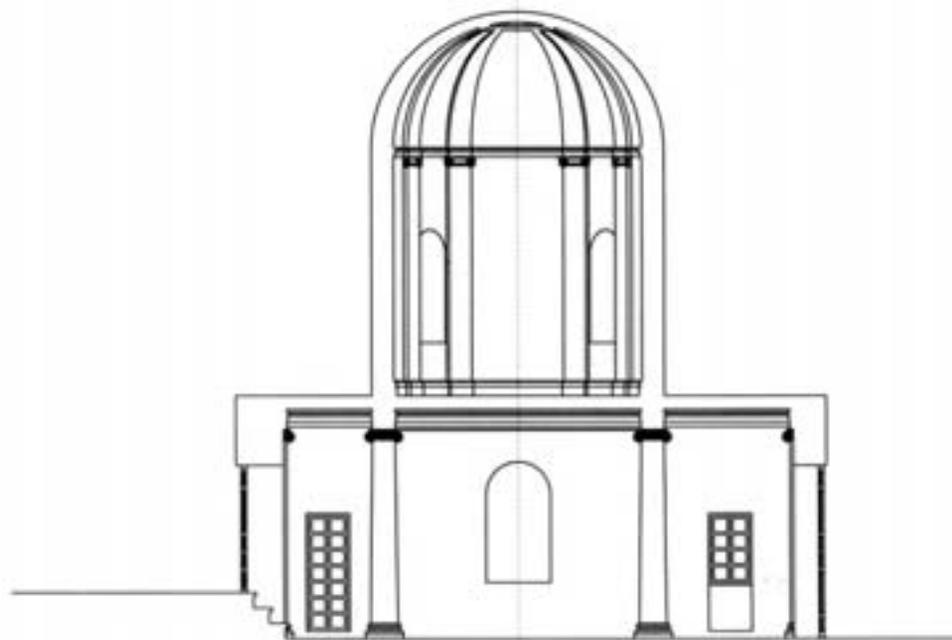
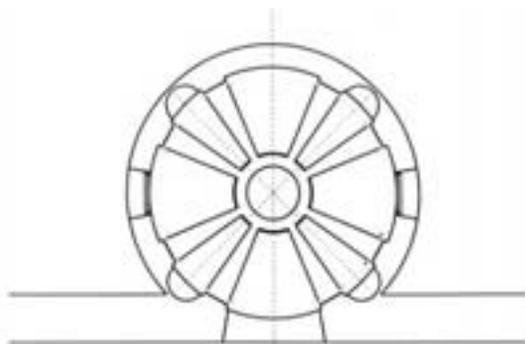


ESTADO INICIAL

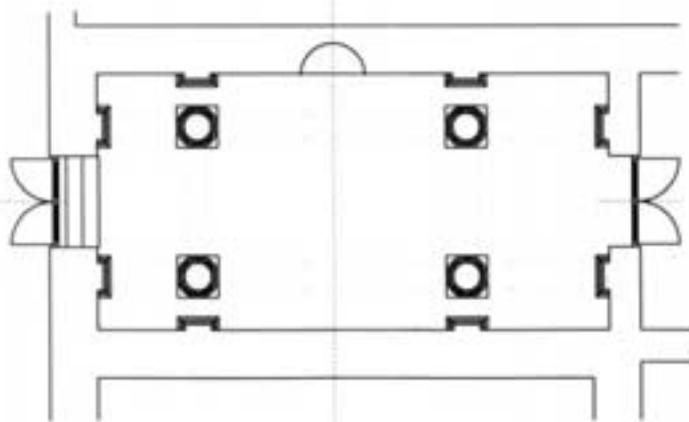


ESTADO FINAL

IGLESIA DE SAN LÁZARO

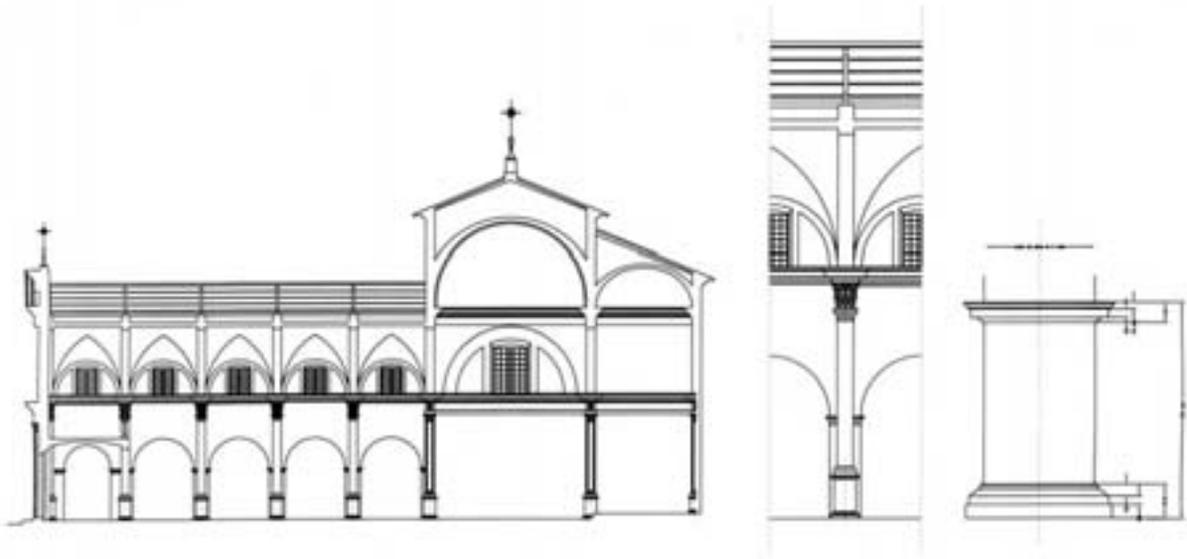


SECCIÓN LONGITUDINAL

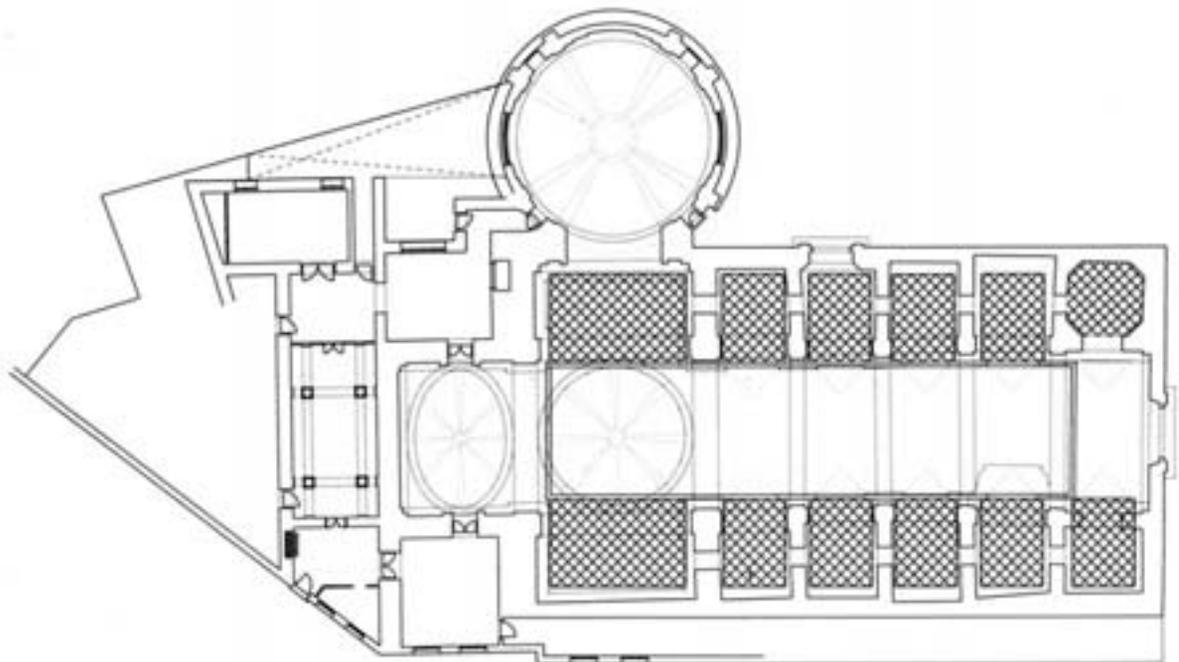


PLANTA SACRISTÍA

IGLESIA DE SAN LÁZARO



SECCIÓN LONGITUDINAL



PLANTA. ZONAS DE REPOSICIÓN DE PAVIMENTOS